

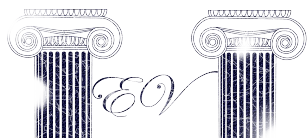


Este año se cumplen tres décadas de las elecciones que alumbraron la independencia de Namibia, la colonia africana mantenida por el peor racismo y la geopolítica de la guerra fría, en cuya preparación y desarrollo Naciones Unidas alcanzaron uno de sus raros momentos de gloria.

Eugenio Viejo

## **Con la ONU en Namibia**

Título original: *Con la ONU en Namibia*  
Eugenio Viejo, 2019



## Índice de contenido

Cubierta

Con la ONU en Namibia

NACIONES UNIDAS EN NAMIBIA

(Equipo Móvil 14: Caprivi Oriental)

Escala en Windhoek

Rundu babélica

El equipo

Impalila Island, Kalala, Malindi, Sesheke

La huella

Sobre el autor

## **NACIONES UNIDAS EN NAMIBIA (Equipo Móvil 14: Caprivi Oriental)**

**Eugenio Viejo**

«De una cosa pueden ustedes estar seguros; con el tiempo, se hablará de la generación de los que fueron a Namibia como de una generación especial en la ya larga historia de las Naciones Unidas».

Confieso que esa afirmación, hecha por la oradora de la breve sesión informativa que precedió a nuestra partida rumbo al África Sud-occidental, me sonó un poco petulante, en la gris sala de sesiones del viejo Palacio de las Naciones ginebrino. Es cierto que la tarea que se nos encomendaba a la cincuentena de funcionarios internacionales que formaríamos parte de la última oleada de la misión en Namibia, que duraría del 27 de octubre al 14 de noviembre de 1989, era participar como observadores en unas elecciones que, si el Grupo de Asistencia de las Naciones Unidas para la Transición (UNTAG en inglés) así lo certificaba por nuestro intermedio y el de otros muchos observadores, se proclamarían «libres y limpias» y abrirían las puertas a la independencia de la última colonia africana. Pero aun así.

No obstante, mi escepticismo duró solo hasta que el avión de Southafrican Airlines tomó tierra en el aeropuerto internacional de Windhoek, al cabo de un viaje que nos había llevado de Ginebra a Fráncfort y de esta a Windhoek, la capital namibia.

Lo primero que vi sobre la pista africana fueron las siluetas inconfundibles de varios Aviocar y un Hércules C-130 del contingente de las Fuerzas Aéreas Españolas, integrados en el UNTAG con la misión de

asegurar las conexiones aéreas internas en toda Namibia. Pronto tendría ocasión de descubrir que esos y otros aviones de las FAE, y las tripulaciones que durante las largas jornadas de trabajo trasladaban de un lugar a otro contingentes civiles o militares y suministros y equipos esenciales, formaban ya parte de la leyenda de eficacia y dedicación que las Naciones Unidas habían sabido labrarse en Namibia. Como formaban también parte de ella el eficiente y flemático batallón finlandés, el destacamento danés, el contingente médico suizo, el ala de helicópteros italiana y el personal civil multinacional que desde la sede del UNTAG en Windhoek o repartido por los cuatro puntos del territorio había creado en meses de labor agotadora la infraestructura administrativa necesaria para levantar el primer censo electoral en un territorio aún considerado colonia sudafricana, inscribiendo y acreditando a más de 700.000 electores en su inmensa mayoría analfabetos y tejiendo una red de 350 oficinas electorales en la variada, bella y a menudo inhóspita geografía namibia.

## **Escala en Windhoek**

Esa eficaz maquinaria puesta en pie por el UNTAG se hizo cargo de nosotros en el mismo aeropuerto de la capital de Namibia, despachando de inmediato a la mitad del contingente de funcionarios ginebrinos de la ONU camino de la provincia norteña de Ovamboland, donde recibirían formación de observadores electorales, y reteniéndonos al resto en Windhoek, alojándonos en colegios e institutos recién evacuados por los alumnos, pabellones del Hospital del Estado, colonias de chales residenciales a medio urbanizar y otros edificios públicos o privados.

La magnitud del esfuerzo de coordinación realizado por el UNTAG únicamente se puede apreciar si se tiene en cuenta que el último fin de semana de octubre y los días que lo siguieron, llegamos a Windhoek, literalmente caídos del cielo, además de los funcionarios de la ONU, miles de observadores electorales procedentes de casi un centenar de países. Eran los llamados *contingentes nacionales*, cada uno de ellos formado por medio centenar de expertos seleccionados por su país respectivo.

Quienes tuvimos la fortuna de pasar ese fin de semana en la capital — germánica pulcritud de Kaiserstrasse y de los barrios residenciales blancos, efervescencia vital de la gran barriada negra de Katutura, transparencia

impoluta del aire y sereno cielo turquesa de Windhoek—, nos vimos pronto rodeados de los «veteranos» de la misión: los hombres y mujeres que habían hecho la campaña de inscripción de electores en condiciones a menudo muy duras y primitivas. Ellos fueron los primeros en hablarnos de las mambas negras, las temibles serpientes venenosas cuya mordedura provoca la muerte casi instantánea; de los abundantes escorpiones e insectos de picadura ponzoñosa; de los mosquitos portadores de malaria... Pero también nos hablaron de la belleza de un país que incluye desde los desiertos de Namib y Kalahari, situados en la costa y en zonas del norte y el este del país, hasta las reservas naturales como Atosha Park o el paisaje genuinamente africano de la Franja de Caprivi.

## **Rundu babélica**

Ahora bien, ya al día siguiente de la llegada a Windhoek una funcionaria procedente de Nueva York nos había anunciado en el Edificio Trotsky, cuartel general del UNTAG en la capital namibia, que parte del contingente ginebrino recibiríamos formación en el norte y después nos desplegaríamos ya fuera en Ovamboland o en Caprivi. En mi caso, tal vez por llevar un apellido que me situaba al final del alfabeto, el lugar de destino estuvo claro desde el principio: realizaría mi labor en Caprivi Oriental. Como quien dice en el último rincón del territorio por su extremo noroeste, en la frontera con Angola y Botswana.

Con esa perspectiva, el domingo 29 de octubre partimos en un Hércules C-130 hacia Rundu, donde llegamos al cabo de 800 kilómetros de vuelo a menudo rasante —por temor a los posibles cohetes procedentes del cercano territorio angoleño controlado por la UNITA— que dejó descompuestos a gran parte de los setenta supervisores electorales que componíamos el pasaje.

Rundu, capital de la provincia de Kavango, era poco mas que un pueblo rodeado de krals —construcciones circulares de barro y techo de paja que albergan a familias ampliadas o clanes enteros— en cuya polvorienta calle mayor se alzaban un banco, las Oficinas de Correos y del UNTAG, dos supermercados, una farmacia y algunos comercios, en su mayoría cerrados desde que sus dueños blancos se fueran a Windhoek o a Sudáfrica con la sana actitud de esperar y ver. Allí el calor era mas



húmedo, dada la proximidad al río Okavango, y abundaba la vegetación de eucaliptos, buganvillas y acacias silbadoras, esos árboles solitarios característicos de la sabana africana.

Por fortuna, en Rundu había también un espacioso instituto de segunda enseñanza en cuyos dormitorios, cafetería y salón de actos transcurrirían las cinco jornadas de nuestra formación como observadores electorales. Todos los días, de 8 a 12 y de 14 a 18 horas, medio millar de hombres y mujeres procedentes de una veintena de países aprendimos de labios del autor australiano del *Manual para Supervisores Electorales* publicado por el UNTAG los diversos aspectos de nuestra misión. Desde la composición tribal y política del electorado hasta el secreto de los sellos con que el UNTAG garantizaría la inviolabilidad de las urnas. O el de la tinta invisible con que se marcaría una mano de los votantes, para evitar la duplicación de votos en un electorado cuya principal seña de identidad era entonces una huella digital.

Los futuros supervisores asistíamos a las clases provistos de garrafas de agua mineral que consumíamos sin descanso, para combatir los efectos de un «calor africano» que se iniciaba con la salida del sol y apenas disminuía un poco después de su puesta. Por la noche, en los dormitorios colectivos segregados por sexos las conversaciones en árabe, alemán, chino, danés, español, finlandés, francés, hindi, polaco, ruso, sueco o inglés con acento de cuatro continentes, se prolongaban lo que permitían las fuerzas, antes de dar paso a un concurso multinacional de ronquidos y alguna que otra serenata improvisada por un coro de alegres bebedores nórdicos. Magistrados del pulcro contingente francés hacían la colada en los baños comunes junto a igualitarios expertos gubernamentales suecos y a funcionarios internacionales de la Secretaría de Naciones Unidas, en un clima de compañerismo que a más de uno le debía recordar los lejanos días del servicio militar o los campamentos de pioneros.

## **El equipo**

A los tres días de estancia en Rundu y coincidiendo con la visita a la zona de Martti Ahtisaari —jefe del UNTAG y Representante Especial del Secretario General para Namibia, que verificaba sobre el terreno lo infundado de las denuncias sudafricanas relativas a supuestas infiltraciones

de fuerzas de la guerrilla independentista SWAPO procedentes de Angola —, se anunció al fin la composición de los equipos de supervisores que actuarían durante las elecciones.

En general, los equipos se habían hecho de forma que cada uno estuviera integrado por un funcionario superior de Naciones Unidas, observadores civiles y militares de distintos países, un policía de escolta desarmado y un intérprete. Además, según las características del distrito electoral en que fueran a operar, los equipos se dividirían en fijos y móviles.

El Equipo Móvil 14 de Caprivi Oriental, del que fui nombrado jefe, lo constituíamos un funcionario de Naciones Unidas español, un magistrado francés, un diplomático chino, un capitán del ejército peruano, un policía guineano y un intérprete local namibio. En calidad de último de los equipos móviles desplegados en la región, tendríamos que desplazarnos en helicóptero, por ser la nuestra una zona de islas y pantanos creados por el río Zambeze en la estrecha franja de terreno en que convergen las fronteras de Angola, Botswana y Namibia. Por la parte sudafricana, nuestros homólogos eran seis namibios oficialmente designados por la Administración provisional del territorio, pero en realidad seleccionados en Pretoria.

He de decir que el nuestro fue un equipo bien constituido, en el que los integrantes congeniamos desde el primer día y cada uno aportó su experiencia y sus conocimientos durante la semana larga que convivimos y trabajamos juntos. Esa actitud no solo nos permitió afrontar y resolver las dificultades logísticas que surgieron en los cinco días que duró la votación; además, cuando el equipo designado por la Administración namibia cuya actuación estábamos encargados de supervisar comenzó a desmoronarse, fuimos los internacionales quienes aseguramos que el proceso electoral en nuestro distrito se desarrollaba con normalidad.

## **Impalila Island, Kalala, Malindi, Sesheke**

Los problemas logísticos se iniciaron ya la víspera del 7 de noviembre en Impalila Island, nuestro primer destino electoral, cuando uno de los integrantes del equipo namibio tuvo que ser evacuado al hospital de Katima Mulilo por motivos de salud. (Katima Mulilo es la capital de Caprivi Oriental, y en ella se hallaba el centro de coordinación de todos los

equipos electorales que actuábamos en esa región). Luego, el segundo día de votación, sería el radiotransmisor portátil el que fallaría al parecer por agotamiento de sus válvulas, dejándonos incomunicados con la base y dificultando mucho la coordinación con los helicópteros encargados de llevarnos a diario hasta la localidad designada sede electoral para la jornada y de recogernos allí al término de la votación.

Esto nos hizo experimentar una verdadera «noche africana» pasada al raso bajo la lluvia, aunque por fortuna tuvimos el cobijo del enorme y frondoso árbol en torno al cual se había votado durante todo el día.

Kalala era el nombre de la aldea de Caprivi en que pernoctamos; media docena de chozas de barro rodeadas de terreno pantanoso y yerbas altas donde abundaban los mosquitos palúdicos y las serpientes. No creo que ningún integrante de Equipo Móvil 14 haya olvidado aquella noche, en la que los supervisores y observadores, ateridos y apiñados en dos hileras paralelas de camas de campaña compartimos ronquidos, quejas por la lluvia intermitente y exorcismos dirigidos a las fantasmagóricas serpientes venenosas. Como tampoco habrá olvidado que allí fue donde «perdimos» a otros dos integrantes del equipo namibio, con lo que nuestro papel de meros observadores pasó a adquirir un protagonismo obligado en todo el proceso de votación.

La situación alcanzó su paroxismo al día siguiente en la pequeña localidad de Malindi, cuando tras una tranquila jornada electoral —como lo fueron todas sin excepción, dada la disciplina con que actuaron los centenares de seguidores de las dos fuerzas políticas enfrentadas, la DTA o Democratic Turnhall Alliance, partidaria de mantener la unidad con Sudáfrica, y la SWAPO o South West African People's Organization, que luchaba por la independencia—, una espectacular tormenta oscureció la zona donde debían recogernos los helicópteros.

Escribo debían porque los dos aparatos sudafricanos, pilotados por especialistas en ese tipo de misiones, sobrevolaron varias veces el lugar donde estábamos y, al parecer incapaces de descubrirnos, se alejaron al fin por el oscuro horizonte para no regresar, ante nuestras miradas atónitas. Solo el blanco helicóptero del UNTAG, tripulado por pilotos italianos que se hicieron ayudar de un guía nativo, logró esa tarde localizarnos y sacarnos de aquel rincón perdido del bush o espesura, entre relámpagos y truenos. Por desdicha, otro par de integrantes del ya menguado equipo namibio no cupo en el aparato y hubo que dejarlos en tierra en aquella ocasión, con lo que el quinto y último día de las elecciones, que discurrió

en la aldea de Sesheke, situada en el extremo opuesto de Caprivi Oriental, tuvimos que ser los internacionales del UNTAG, como ya se dijo, quienes aseguramos el normal desarrollo de la votación «supervisados» por el presidente de mesa namibio, un excelente profesional y leal compañero que cumplió su deber con escrupulosidad digna de elogio.

## **La huella**

Después vino el regreso a Katima Mulilo, un atardecer soleado en el que como equipo aerotransportado pudimos ver y filmar desde el aire las manadas de elefantes, búfalos y antílopes que aún vivían en libertad y relativa seguridad en ese rincón casi edénico que es el este de Caprivi.

En el recuento de votos tuvimos la satisfacción de ver que solo dos papeletas resultaban anuladas por errores cometidos por sus emisores. En gran medida, tal éxito obedeció a la infatigable labor explicativa que el intérprete del equipo del UNTAG realizó con los electores en el dialecto losi —la lengua franca de la región— durante los cinco días que duró la votación.

Pero sobre todo el éxito de unas elecciones sin parangón se debió a los anónimos y esforzados electores, que en muchos casos tuvieron que caminar durante horas por los recónditos senderos de la espesura para llegar hasta las urnas. A las mujeres descalzas y con un hijo atado a la espalda, otro tomado de la mano y un tercero gestándose ya en su vientre. A los ancianos encorvados por las penalidades y la edad y cegados por la tracoma. A los adolescentes altivos pero sin agresividad. A los eficaces representantes de los partidos acreditados. Todos ellos, juntos con nuestro intérprete, llamado Rafael, que desapareció al día siguiente mismo de nuestra vuelta a Katima Mulilo, fueron sin discusión los auténticos protagonistas de unas elecciones libres y limpias celebradas en perdidos rincones de la geografía namibia.

A nosotros, de regreso a las brumas ginebrinas o a cualquier otro paisaje en el que discurriera la rutina cotidiana, nos quedó el secreto orgullo de haber participado, de manera minúscula y anónima, en la gigantesca tarea que las Naciones Unidas realizaron y seguirían realizando aún bastante tiempo en Namibia por intermedio del UNTAG y de los contingentes nacionales. Eso, y compartir la disculpable arrogancia de

sabernos miembros de «la generación que fue a Namibia», el lugar donde un nuevo país nació a la independencia y la única baja mortal se debió a la muerte en accidente de tráfico de un observador japonés.

---

Madrid, 2019

© **Eugenio Viejo**



EUGENIO VIEJO GARCÍA (Madrid, España, 1942). Nace en el barrio madrileño de Lavapiés en el seno de una familia obrera. A los trece años abandona la escuela para comenzar a trabajar, y durante los diez años siguientes ejercerá diversos oficios al tiempo que busca ampliar sus conocimientos de manera autodidacta, estudiando idiomas y frecuentando ambientes como el Ateneo y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Cumplido el servicio militar emigra a Inglaterra, donde trabaja un año en un hospital próximo a Liverpool, regresando luego temporalmente a España para obtener la cartilla de navegación que le permite enrolarse en un pequeño buque mercante que navega por el Mediterráneo. Después se dirige a Róterdam, donde es contratado como camarero de oficiales en un trasatlántico que hace la ruta Róterdam - Nueva York.

En 1966 contrae matrimonio y junto con su esposa norteamericana emigra a Chile, donde hasta 1970 trabaja en una revista de divulgación científica en cuya creación participa, compaginando las labores periodísticas con la traducción de libros. De vuelta en Madrid, a finales de 1970 es contratado como traductor por la Agencia EFE, donde permanecerá los ocho años siguientes, compaginando su trabajo con los estudios de periodismo hasta licenciarse en la primera promoción salida de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En esa época milita política y

sindicalmente, participando junto con otros periodistas en la publicación de la revista Gaceta de Derecho Social, creada por varios despachos de abogados laboristas que asesoran al emergente movimiento obrero de oposición al régimen.

Después de la muerte de Franco, abandona la militancia política y sindical y, tras aprobar un concurso internacional convocado por la Organización de las Naciones Unidas, en 1977 es contratado como traductor y redactor de actas por la Secretaría de esa organización y viaja a Nueva York con su esposa y su hija, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1987, cuando se traslada a la sede de la ONU en Ginebra para seguir desempeñando las mismas funciones. La naturaleza de su trabajo le lleva a viajar por África, América, Asia y Europa hasta que, en 1997, renuncia a su puesto en la organización mundial y vuelve a España con su familia, radicándose en Madrid y dedicándose desde entonces a la traducción y la escritura.